

Mujeres de Shakespeare

CORDELIA, la piadosa—

Cordelia, *la piadosa*, la hermana menor de Antígona, como se la ha llamado, no es, sin embargo, la heroína del amor filial. De serlo, no existiría el drama.

Cordelia es la heroína de la sinceridad trágica.

Pocos ejemplos presenta la literatura de espíritus tan erguidos, tan altivos y tan absolutamente sinceros como el de Cordelia.

Para ella la verdad, es una y divina. Explicarla es mancillarla. Y Cordelia jamás lloró sobre el espectro de la verdad humillada.

—¿Y tú, Cordelia, qué dices?

—Nada.

—¿Qué? ¿Nada?

—Nada.

¿Es el amor filial, que calla por pudor, o es la sinceridad que se repliega en sí misma y triunfa, callando, en el alma de la princesa?

¡Hablar! ¡Hablar de amor! ¡Mentir!

Cordelia calla. “Rico es su corazón y no su lengua”

¿Con amor en el corazón, no hubiere hincado la rodilla, no hubiere escondido la cabeza rubia en el regazo paterno, no hubiere sucumbido a las lágrimas, ante la maldición tremenda e insensata de Lear?

Inspirada de la verdad divina, el cuello erguido, la frente pálida, hierática como una sacerdotisa en el instante de consumarse en ella un rito cruel, Cordelia sublime, Cordelia insuperable, Cordelia mártir de la sinceridad trágica, desafía la tremenda e insensata maldición.

Pero ¿quién es Cordelia? ¿Quién la enseñó? Su verdad ¿se aprende en la vida?

Cordelia es una criatura singular. Tiene un espíritu admi-

rablemente ordenado. Su temperamento es razonador, concentrado. Ha reflexionado profundamente sobre el deber. Está exenta de pasiones. Siente, sí, pero piensa, antes, sus sentimientos. Siente, porque forma parte de la razón y de la perfección sentir. Por eso pone toda su sabiduría en saber como debe amar, hasta donde debe amar sin mengua de su orgullo, o de su perfección.

—“*Aquel que acepte con mi fe, mi mano, la mitad obtendrá de mi cariño.*”

Es huraña, pensativa, austera y orgullosa.

Y sobre todo, *no ha vivido.*

.....
—Señor, ¿me conocéis?—pregunta a Lear en el acto cuarto. Pensando acaso en la Cordelia del primer acto.

—Sois un espíritu puro—contesta el rey.

Se equivoca. Cordelia no es ya perfecta, con su perfección inaccesible, referida a sí misma. Ahora ha vivido. Y su perfección, hecha bondad, se vuelve a los demás con indulgente simpatía.

En su espíritu antes admirablemente ordenado, profundo, razonador y frío, los azares de la vida despertaron el sentimiento. Ya ha vivido. Ahora es humana. Ahora es sensible. Ya no es la heroína de la sinceridad trágica. Ya no es espíritu pura razón, pura verdad.

Ha vivido: es espíritu sensible, todo amor, todo indulgencia. Es la heroína del amor filial. Es la hermana menor de Antígone. Es la *piadosa*.

El mundo agostó la perfección absoluta de Cordelia, porque ella, la princesa valiente, la mártir de la verdad sagrada, descendió un día de la alba cumbre inaccesible a llorar con los hombres en el valle.

Allí olvidó Cordelia la ley de la alba cumbre; no podía ser perfecta, si *debía* ser buena. Olvidó el ideal de perfección absoluta; olvidó su intolerancia sublime. Abrió el enclaustramiento de su espíritu.

Tomó forma humana. Aprendió la canción de los hombres. Supo amar; supo llorar; fué buena; fué hija—madre. El dolor puso la tolerancia divina en su alma. Su orgullo trocóse en dolorosa dignidad.

Y un día, un día de mucha alegría en que sus ternuras de

hija, en que sus ternuras de madre viéronse recompensadas con una sonrisa y con una lágrima; un día en el cual una cabeza cana se refugió en su pecho, y pidió perdón, y la llamó ¡hija!, Cordelia murió, Cordelia fué muerta.

La comedia había terminado. Y una vez más, el mal triunfó sobre el bien.

PORCIA—

Porcia es la perfecta criatura de Shakespeare.

Sus hermanas se presentan en el escenario de los grandes hechos; son heroicas por la fuerza de los acontecimientos en que actúan, por las pasiones que comparten, por las situaciones que el poeta les crea.

Porcia vive su vida en un medio de austera sencillez, y es grande y noble por sí misma.

¡Ah! Pero no hablo de la espléndida Porcia del “Mercader de Venecia”, sinó de la Porcia pagana del “Julio César”.

Su perfección consiste en su equilibrio. ¡Cómo que lleva nobleza en la sangre y en el corazón! Es romana y es patricia. Es la hija de Catón y merece serlo. Es la esposa de Bruto y es digna de Bruto.

Su vida no llega a la culminación trágica que alcanzan sus hermanas. Shakespeare que presenta a las otras en horas de heroicidad, hace excepción con Porcia. Para mostrarnos una grande alma de mujer no ha menester imponerle el gesto trágico. Por eso Porcia aparece amando, sintiendo, viviendo sus preocupaciones diarias entre las blancas columnas de su casa romana.

Las otras tienen grandezas y flaquezas. Son bellas a fuerza de ser extrañas. Son bellas con belleza deslumbrante, pero una aureola sombría las rodea y un torbellino de tragedia las envuelve.

Por Porcia pasa una vida que merece ser vivida. Sólo ella es serenamente hermosa.

Las otras para ser heroicas deben morir en la plenitud de la vida, como flores tronchadas por la hoz. Porcia muere porque ha vivido; muere de dolor, porque ha amado.

Pertenece a la raza de las Ofelias. Como la heroína de “Hamlet” lleva en el alma recogida el exceso de su amor. Como ella vierte en éxtasis su vida interior inmanifestada en

los hechos. La pálida Ofelia atraviesa como una sonámbula la vida. ¿A quién hubiera confiado su secreto espiritual, si el príncipe de Dinamarca nunca se elevó hasta ella? Porcia inclina la frente y muere de dolor. La palabra sagrada, la palabra inefable jamás fué pronunciada. Una y otra la llevaron a la tumba. La vida interior jamás descendió a sus labios.

Pero Porcia, más dichosa que Ofelia, fué al menos amada. Fué comprendida en lo posible; y se hizo justicia a su valer.

Porcia vivió la vida que Ofelia solo entrevió.

Y en la muerte, ante el espectro de César, en los campos de Filipos, los “últimos romanos” descendieron un instante del sacrosanto altar de la República para consagrarle un voto y una lágrima:

«Bruto. — ... Grande es mi desgracia. Porcia ha muerto.

«Casio. — ¿Qué dices? Porcia...

«Bruto. — Muerta.

«Casio. — ... ¡Oh pérdida terrible y dolorosa!...»

Así hablaron de ella. Así lamentaron su muerte. Y estaban en los campos de Filipos. Y se aprestaban a morir por la República.

“He aquí un hombre”, dijo Antonio de Bruto. “He aquí una mujer”, pudo decir Bruto de Porcia...

... Y en el reino de Hades regocijarse la sombra de la esposa...

MIRANDA—

Miranda es la exaltación de la vida.

La isla de Próspero es el universo. Miranda es energía, belleza, fe y voluntad de ese universo.

Todas las fuerzas de la Eterna Naturaleza, conducidas por el mago, por el filósofo Próspero, irrumpen en ella.

La profunda, pero acaso artificiosa y agotada sabiduría de Próspero retorna, en Miranda, con toda su fuerza primitiva y exaltada a su primordial sencillez y a su pristina grandeza.

Reune todas las bellezas. Están con ella todas las alegrías. Lleva en su frente la intuición genial. La simpatía universal anida en su pecho.

Miranda es también la fe ilimitada. Amplia hasta abarcar lo infinito y lo ínfimo; lo bello y lo deforme; lo eterno y lo

efímero. Tolera el mal porque existe el bien. Desconoce el espanto de lo horrible.

Ariel, el genio alado, no le causa admiración. Considera a Caliban sin odio y sin horror. El mal debe existir para que el bien sea bien.

Nunca la duda entró en su alma. La duda mortal, y la ironía, su disfraz, solo existen en la decadencia. La naturaleza fecunda y primitiva, jamás las conoció.

Instintivamente buscó lo bello. Miranda, en la isla de Próspero es instintiva, como Eva fué instintiva en el Paraíso. Pero sus instintos son angelicales. La acción del mal, la acción destructora produjérale un azoramiento adorable.

Instintivamente cree en el bien. Instintivamente repudia el dolor. Su ser pleno canta el himno de la vida. De la vida que vive y de la vida que espera...

En ella triunfa la alegría.

No es todavía fuerza contemplativa. Es solo fuerza expansiva. No es reflexiva, es pasional.

Pallas surge armada de la cabeza de Zeus. Miranda nace coronada de flores del seno de la naturaleza.

Y nace divinamente candorosa.

La naturaleza de los trópicos puso maravillas en su isla.

Las flores parecen estrellas. Las estrellas son almas que cantan la Eterna armonía del Cosmos. El mar lleva a sus oídos la leyenda de los mundos. La soledad la erige reina. La paz plena la cobija. Y abarcándolo todo, el amor universal.

Miranda, ante lo Eterno, comulgando con la naturaleza, madre de lo creado. Y la alegría universal inundando su juventud.

Y cuando la "primitiva" empezó a meditar; cuando el mundo real, demasiado espléndido acaso, la hastió un instante; y cerró los ojos y se refugió en sí misma, unió sus percepciones y recuerdos: imaginó, soñó. Completó el universo con *su universo*.

Y al mundo de la naturaleza, entonces, por conjuro de Próspero, se agregó el mundo de la humanidad. La vida de la Eva primitiva se intensificó.

Y el himno de Vida y Belleza cantó nuevas armonías en su alma.

Mercedes Daus.